

Señor Superintendente del Cuerpo de Bomberos de Santiago; señor Comandante; señores Directores Honorarios; Directores y Oficiales de nuestras Compañías de Canje; Miembros del Honorable Directorio del Cuerpo de Bomberos de Santiago; estimados invitados especiales; señores Oficiales; voluntarios de la Primera Compañía:

Hoy, 3 de septiembre de 2026, nos reunimos en una fecha que pertenece profundamente a la historia y al alma de nuestra Compañía y del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Hace exactamente ciento cincuenta años, un día como hoy, la Primera conoció por primera vez el dolor inmenso de perder a uno de los suyos en el cumplimiento del deber.

Ese joven era **Adolfo Ossa de la Fuente**.

Pero esta noche no vengo a hacer historia. Tampoco a reconstruir, una vez más, los terribles hechos que terminaron con su vida.

Hoy quisiera detenerme en algo distinto: que de cierta manera se enmarca en nuestra esencia, el porqué, ciento cincuenta años después, sigamos pronunciando su nombre con la misma emoción, con el mismo respeto y con ese orgullo tan íntimamente Primerino.

La respuesta enmarca algo más profundo que lo netamente reglamentario, y es clara: es la renovación expresa del compromiso que cada Primerino lleva en el corazón con aquellos que dieron su vida vistiendo nuestros colores. Es el compromiso de no olvidarlos, y ciertamente, pero sobre todo **el compromiso de no defraudarlos**.

Porque recordar a nuestros mártires no consiste solamente en honrar su memoria. Significa también preguntarnos qué hacemos nosotros con el ejemplo que nos dejaron.

Fue así como en 1926, al cumplirse cincuenta años de su martirologio, uno de nuestros voluntarios utilizó una imagen extraordinariamente hermosa: dijo que Adolfo había entregado su joven vida como una

semilla sembrada en la historia de la Primera y del Cuerpo de Bomberos de Santiago; una semilla de la cual habría de surgir una cosecha de abnegación, sacrificio y servicio.

Y qué hermosa manera tiene, a veces, la historia de hablarnos.

Porque **esa semilla vuelve a germinar esta noche.**

Hoy la Primera mira simultáneamente hacia atrás y hacia adelante. Mira hacia atrás para encontrarse con Adolfo y con ciento cincuenta años de historia; y mira hacia adelante porque, precisamente esta noche, seis jóvenes comienzan su camino entre nosotros.

Tres de ellos son Libro Rojo y prolongan con su ingreso una historia familiar ligada a nuestras filas. Los otros tres comienzan a escribir desde hoy su propia historia Primerina. Pero los seis, sin distinción alguna, reciben una misma herencia y asumen una misma responsabilidad y compromiso.

Y hay algo profundamente emocionante en esa coincidencia.

Mientras conmemoramos a un joven que hace ciento cincuenta años entregó su vida sirviendo a los demás, otros jóvenes vienen hoy a incorporarse a una institución construida precisamente sobre espíritu de servicio que nos legó Adolfo.

Es como si por un instante la historia se encontrara consigo misma, una generación que nos precedió hace un siglo y medio y otra que comienza hoy, todas unidas por una misma vocación, por una misma cotona y por una misma promesa de servicio.

Eso es, en definitiva, lo que mantiene viva a nuestra Compañía.

Por eso, a quienes hoy ingresan a nuestras filas quisiera decirles que muy pronto, al escuchar por primera vez una lista de la Compañía, oirán antes que cualquier otro, el nombre de Adolfo Ossa de la Fuente y escucharán la respuesta: **“Presente! Muerto en acto del servicio”**.

Quisiera que comprendan que detrás de esas palabras hay ciento cincuenta años de historia y también una invitación. La invitación a renovar en silencio y en sus corazones, ese compromiso que une a todas las generaciones de Primerinos.

Que su sacrificio nunca sea simplemente una página de nuestra historia. Que sea una exigencia para nuestro presente.

Que su memoria nos recuerde quiénes somos cuando acudimos al llamado del deber.

Y que los seis jóvenes que hoy comienzan su camino comprendan que ingresan a una Compañía que no olvida a sus mártires, porque ha decidido vivir de acuerdo con aquello que ellos representaron.

Quizás por eso esta conmemoración no debe estar presidida sólo por el dolor. También debe estar presidida por el orgullo y por la esperanza.

Orgullo por pertenecer a una Compañía que ha mantenido vivo durante ciento cincuenta años el recuerdo de su primer mártir. Y esperanza porque esta noche vemos que ese espíritu continúa renovándose.

No podría haber una forma más elocuente de demostrar que el sacrificio de Adolfo Ossa no quedó encerrado en 1876. Sigue viviendo en nosotros. Sigue viviendo en cada voluntario que acude cuando se le necesita.

Y desde esta noche comenzará también a vivir en quienes hoy ingresan a nuestras filas. Que ellos reciban esa lámpara encendida y sepan mantenerla viva.

Y algún día ustedes recibirán a otros nuevos Primerinos y entonces les corresponderá entregarles esta misma historia, estas mismas tradiciones y este mismo compromiso.

Así se construye nuestra Compañía. Así se conserva viva su alma y así se vence al tiempo.

Que el ejemplo de Adolfo siga guiando nuestro servicio y recordándonos, generación tras generación, quiénes somos y qué esperamos de nosotros mismos.

Porque ciento cincuenta años después, su nombre continúa señalándonos el mismo camino.

Detrás de nosotros está Adolfo Ossa. Delante de nosotros están ustedes que hoy comienzan su camino. Y entre ambos estamos nosotros, los responsables de mantener intacto el hilo invisible que une a las generaciones de esta Compañía.

El del deber. El de la constancia. Y el del servicio a los demás.

¡Honor y Gloria a nuestros mártires!

Adolfo Ossa de la Fuente, Primerino por siempre!!